



FUERZAS DE TRABAJO EN ORIENTE PRÓXIMO

¿Qué soy, un hombre o un recurso?

Ralph Ellison, *Invisible Man*

En la izquierda, las visiones sobre la migración internacional se han dividido en dos corrientes políticas e historiográficas generales¹. Por un lado, una tradición anticolonial marxista y feminista que durante mucho tiempo ha visto la migración de fuerza de trabajo como un medio para que el capitalismo y el imperialismo explotaran mano de obra barata, inactiva y de baja categoría, los «nuevos ilotas» del mundo poscolonial². Por otro lado, los expertos del ámbito de los estudios culturales y poscoloniales han contado por lo común una historia más optimista, en la que el cruce de fronteras, el hibridismo y la capacidad de acción migrante actúan para desestabilizar las metanarraciones fundacionalistas, complicar la binariedad simple del Sí Mismo y el Otro y suscitar esperanzas de una «aurora cosmopolita».

Estos importantes debates se han dirimido de manera casi invariable en el contexto de la migración a Europa o a sus antiguas colonias de pobladores. La mayor parte de los principales estudios de las últimas décadas se han ocupado de la migración norte/norte o sur/norte e, incluso en este último caso, han tendido a centrarse en las condiciones y preocupaciones del Occidente metropolitano³. Después de medio siglo en el que los destinos de las migraciones se han ido globalizando cada vez más, de África occidental al Caribe, del Sudeste asiático a Oriente Próximo, y en una época en la que, de acuerdo con los informes de las Naciones Unidas, más

¹ Estoy en deuda con As'ad Khalil, Sharad Chari, Alex Colas, Jens Hanssen, Laleh Khalili, Zachary Lockman, Martha Mundy y Yasee Noorani por sus inestimables comentarios sobre versiones anteriores de este artículo. Me gustaría dar asimismo las gracias a Kifah Hanna, Ghassan Maasri y Khaled Malas por su ayuda a la hora de investigar y traducir.

² Robin Cohen, *The New Helots. Migrants in the International Division of Labour*, Aldershot, Reino Unido, 1987.

³ Véase, *inter alia*, Michael Piore, *Birds of Passage. Migrant Labour and Industrial Societies*, Cambridge, 1979; Saskia Sassen, *The Mobility of Labour and Capital. A Study in International Investment and Labour Flow*, Cambridge, 1988; Alejandro Portes (ed.), *The Economic Sociology of Immigration. Essays on Networks, Ethnicity and Entrepreneurship*, Nueva York, 1995.

de un tercio de los migrantes (71 millones de personas) trabajan en el mundo «menos desarrollado», este estado de cosas es difícil de justificar⁴. Un ejemplo poco conocido pero importante de lo que puede calificarse de migración de fuerza de trabajo Sur-Sur lo representan los centenares de miles de sirios que trabajan en Líbano desde las décadas de 1950 y 1960. Basándome en una investigación etnográfica y archivística realizada en Líbano y Siria desde 2003, sostendré que no es siempre necesario hacer una elección entre el marxismo economicista y los estudios culturales glorificadores, ya que es posible rearticular elementos de ambas tradiciones para abrir nuevas perspectivas respecto a la migración⁵. Tal como veremos, formas de complejidad, hibridismo y capacidad de acción correctamente asociadas a la migración internacional de fuerza de trabajo, lejos de conllevar emancipación, operan construyendo jerarquía, exclusión y las disciplinas de la mercificación.

Calibrar la migración

Ignorados casi por completo por los especialistas, particularmente en el mundo de habla inglesa, aunque muy controvertidos entre los libaneses en diferentes épocas, los migrantes sirios han proporcionado a Líbano durante décadas el grueso de su mano de obra no cualificada, salvo en los momentos de crisis política⁶. La relación histórica entre ambos países ha estado configurada por las diferencias confesionales, la interdependencia económica, la influencia extranjera y la intervención militar. Las comunidades cristianas maronitas del Monte Líbano, orientadas tradicionalmente hacia Occidente, hacia sus correligionarios, consiguieron una importante autonomía de los otomanos en 1861 mediante un acuerdo negociado por potencias europeas ansiosas por proyectar su influencia en Oriente Próximo, siendo Francia la primera de todas ellas. Después de la Primera Guerra Mundial, los franceses dividieron los territorios que el Tratado de Sèvres había puesto bajo su mandato en Siria y el «Gran Líbano», siendo este último mucho mayor que la zona dominada por los maronitas, que obtuvieron una importante área agrícola interior y las ciudades costeras de Bei-

⁴ *Trends in Total Migrant Stock. The 2005 Revision*, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, febrero de 2006.

⁵ Las entrevistas se realizaron entre 2004 y 2006 con migrantes sirios que desempeñaban un amplio abanico de ocupaciones, de distintas regiones y con diferentes estatus en Líbano y Siria, así como con intelectuales, empleadores, funcionarios, especialistas, estudiosos académicos, empleados de ONG's, trabajadores, ingenieros y periodistas sirios y libaneses. Los entrevistados eligieron pseudónimos para proteger sus identidades. A menos que se señale lo contrario, todas las citas proceden de estas entrevistas.

⁶ Para la investigación más importante en este terreno, véase Elizabeth Picard, «Les syriens, l'envers du décor», en Jade Tabet (ed.), *Beyrouth. La brûlure des rêves*, París, 2001, pp. 92-102; Bassam al-Hashim, «Al-Ittifaqat al-Ijtima'iyya» [Acuerdos Sociales] en *Al'Alaqa al-Lubnaniyya al-Suriyya* [Relaciones sirio-libanesas], Antalyas, 2000, pp. 110-148; Nada Owejjane Khoury, «L'immigration au Liban. Aspects socio-économiques et incidences identitaires», tesis doctoral, 3 vols., Université Libanaise, Institut des Sciences Sociales y Université Paris V, 2001.

rut, Trípoli, Sidón y Tiro. En este proceso se creó un Estado con una mezcla confesional compleja e inestable. Muchos residentes suníes seguían considerándose parte de la entidad árabe mayor de la «Gran Siria». Líbano obtuvo la independencia formal en 1943 y Siria en 1946, pero la migración entre ambos países sigue modulada a día de hoy por los rasgos comunes anteriores al retrasado colonial de sus lindes territoriales.

Hubo una gran emigración económica, en su mayor parte a las Américas, desde el *mashriq* [Levante] otomano durante finales del siglo xix y principios del xx, que continuó durante los primeros años del mandato francés⁷. Durante la década de 1930, en el campo sirio, tal como observara un geógrafo colonial, era «raro encontrarse con un grupo de cuatro o cinco musulmanes sin que alguno de ellos te propusiera hablar en español o portugués»⁸. Pero la migración siria al Líbano comenzó en serio en las décadas de 1950 y 1960. Procesos de acumulación global y regional, junto con reformas agrarias y otras intervenciones por parte del Estado, desplazaron a los cultivadores rurales de las llanuras productoras de cereal de Siria. Los aparceros se vieron enmarañados en un sistema caracterizado por mecanismos de mercado, por el avance de los derechos de propiedad y por la destrucción de los medios alternativos de subsistencia. Estos procesos, junto con la pobreza agrícola, el ansia de dinero en efectivo y las pautas de consumo creciente asociadas, lanzaron nuevas oleadas de migrantes hacia los proyectos de desarrollo rural de Siria septentrional, a centros urbanos como Alepo y Damasco y al vecino Líbano.

La «república de mercaderes» libanesa, comprometida con una forma de *laissez-faire* y ya relativamente rica en comparación con Siria, consolidó rápidamente su posición como centro regional de comercio, finanzas, bienes raíces y turismo, ofreciendo trabajo y salarios que Siria no tenía. La posición económica de Líbano fue mejorando a lo largo de la década de 1960, a medida que Beirut financiaba la creciente riqueza petrolífera de la región, mientras el capital y los hombres de negocios llegaban a Líbano desde países árabes que estaban orientándose hacia versiones de estatalismo y socialismo árabe. En 1970 la Seguridad General Libanesa, que regula las entradas y salidas en la frontera, contabilizó 279.541 trabajadores sirios que se trasladaban a Líbano de manera temporal⁹. Si esta cifra es más o menos correcta —estos números estaban mucho menos politizados en 1970 que en la década de 1990—, entonces los sirios habrían pasado rápidamente a formar una porción muy significativa de la fuerza de trabajo libanesa, estimada en sólo 572.000 personas¹⁰. A raíz de la emi-

⁷ Albert Hourani y Nadim Shehadi (eds.), *The Lebanese in the World. A Century of Emigration*, Londres, 1992.

⁸ Richard Thoumin, *Géographie humaine de la Syrie Centrale*, París, 1936, pp. 334-337.

⁹ André Bourgey y Joseph Pharès, «Les bidonvilles de l'agglomération de Beyrouth», *Revue de géographie de Lyon* 48, n.º 2, 1973, p. 121.

¹⁰ Albert Dagher, «*Al-Quwa al-'Amila wa al-Namu fi Lubnan*» [Fuerza de trabajo y desarrollo en Líbano], en Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, *Linking Economic Growth*

gración, el aumento de los salarios y unas prestaciones sociales algo mejoradas para los trabajadores libaneses —en parte como resultado de la organización obrera y de las medidas redistributivas adoptadas bajo la Presidencia de Fuad Chehab (1958-1964)—, los empleadores libaneses andaban en busca de «recursos humanos» más baratos y maleables procedentes del extranjero. La proximidad geográfica, la rápida mejora del transporte por carretera, las fronteras abiertas y las redes establecidas tanto por la burguesía como por los trabajadores sirios fueron todos ellos factores que sustentaron las pautas de migración.

Durante las décadas de 1950 y 1960, los trabajadores sirios en Líbano no eran ni con mucho tan controvertidos como llegarían a serlo y desde el movimiento obrero libanés no había sino movilizaciones muy restringidas contra la competencia de una mano de obra más barata. La elite de poder de la república de mercaderes consideraba natural que la «Suiza de oriente» atrajera trabajadores manuales de sus vecinos menos ricos; el milagro económico libanés requería «músculos» no cualificados y baratos que no podían conseguirse dentro de las fronteras nacionales. A diferencia de lo que sucedía con los refugiados palestinos, muchos veían a estos trabajadores como migrantes temporales que trabajaban duro por salarios bajos y no planteaban reivindicaciones colectivas o políticas, ni pretendían construirse un hogar permanente en Líbano. Se trataba de una fuerza de trabajo que, tal como expresara el titular de un periódico en 1972, desaparecía al terminar el día «como azúcar en el té»¹¹. Este tipo de migrantes de ida y vuelta no suponían ninguna amenaza para la «civilización» libanesa, ni tampoco una carga para el Estado; y eran de gran ayuda para los empleadores, en particular a medida que aumentaba el coste de la clase obrera libanesa. Por supuesto, esta actitud en apariencia tolerante hacia los trabajadores sirios era estrictamente economicista: no se extendía a su cultura, política o impacto social.

No hay cifras disponibles de la mano de obra para el periodo de la guerra civil (1975-1990). Pese a su apoyo inicial a los combatientes palestinos, el ejército sirio entró en Líbano en 1976 para impedir que ellos y sus aliados libaneses obtuvieran una victoria decisiva sobre las milicias maronitas. Atravesar las zonas cristianas ahora homogeneizadas empezó a volverse cada vez más peligroso —con frecuencia hasta extremos fatídicos— para los trabajadores sirios; se habían convertido en enemigos a ojos de un nacionalismo aislacionista que cifraba sus esperanzas en un Líbano francófono, inclinado hacia Occidente, y percibía el océano arabo-islámico circundante como una amenaza para el equilibrio confesional, la cultura y la identidad del país. Desde principios de la década de 1980,

and Social Development in Lebanon, Beirut, 2000, p. 86. De este modo, por cada dos libaneses trabajando habría un trabajador sirio.

¹¹ «Quarter of a million Syrian workers melt away every evening like sugar in tea» [Un cuarto de millón de trabajadores sirios desaparecen cada tarde como azúcar en el té], *Al-Sayyad*, 27 de abril de 1972.

con la llegada de la crisis económica, se empezó a culpar a los trabajadores extranjeros en general de los problemas económicos estructurales y aquellos ligados a la guerra, como la caída de la moneda, los déficits presupuestarios, el desempleo y los crecientes desequilibrios de la balanza comercial.

Resulta también difícil obtener estadísticas precisas sobre el número de sirios en Líbano para los largos años de reconstrucción después de la guerra, iniciados bajo el control político y militar que siguió a los Acuerdos de Ta'if de 1989 y a la victoria siria sobre el general Michel 'Aun en 1990-1991. Durante la década de 1990, los libaneses que se oponían a Siria y consideraban que el «ejército» de trabajadores sirios en el país era una quinta columna dentro de un proyecto sirio de ocupación e incluso anexión, afirmaban con una exageración considerable que 1,5 millones de trabajadores sirios vivían en Líbano: «un sirio por cada dos libaneses», como sostenía la prensa «prolibanesa» a mediados de la década de 1990¹². Los elementos «prosirios» respondían haciendo estimaciones a la baja poco creíbles, que fijaban la cifra entre 50.000 y 253.000¹³. En este contexto, las mejores cifras son las de los economistas libaneses que hicieron estimaciones de la absorción de mano de obra por sector. Estos cálculos sugieren que, en términos absolutos, el número de trabajadores sirios llegó aproximadamente a un máximo de 600.000 en el momento álgido de la reconstrucción, a mediados de la década de 1990, pero se redujo con la recesión en el año 2000 a alrededor de 400.000, para fluctuar en torno a esta cifra a partir de entonces¹⁴. Se trata de totales significativos, dado que en 1997 la fuerza de trabajo activa de nacionales libaneses era de 1,25 millones de personas, de aproximadamente cuatro millones de habitantes¹⁵. A principios de 2000, se calculaba que el valor de los trabajadores sirios para sus empleadores libaneses ascendía a mil millones de dólares al año, mientras que sus remesas llegaban a suponer el 8 por 100 del PNB sirio, es decir, casi la mitad del porcentaje representado por las exportaciones petrolíferas¹⁶.

¹² Michel Murqus, *Al-Nabar*, 24 de julio de 1995.

¹³ La primera cifra la presentó el ministro de Trabajo libanés en 1994 (véase Scarlet Haddad, *L'Orient Le Jour*, 13 de junio de 1994); la segunda la ofreció el demógrafo Roger Sawaya en un estudio de 1998 para el Consejo Supremo Sirio-Libanés: véase *Al-Hayat*, 28 de junio de 1998. Para un intento de refutación realizado por Michel Murqus, véase *Al-Nabar*, 3 de julio de 1998. Para análisis y referencias, véase John Chalcraft, «Syrian Workers in Lebanon and the Role of the State. Political economy and popular aspirations», en François de Bel-Air (ed.), *Migration et politique au Moyen-Orient*, Beirut, 2006, pp. 81-104.

¹⁴ Véase A. Dagher, «*Al-Quwa al-'Amila wa al-Namu fi Lubnan*», cit., pp. 85-99. Véase también a los economistas Kamal Hamdan, Marwan Iskandar y Ghassan 'Ayyash, citados en *al-Safir*, 19 de abril de 2005.

¹⁵ République Libanaise, *Etudes Statistiques no. 12, La population active en 1997*, Beirut, 1998, p. 11.

¹⁶ Elizabeth Picard, *Lebanon. A Shattered Country*, ed. rev., Nueva York, 2002, p. 193; Economist Intelligence Unit, *Syria Country Profile 2006*, p. 34.

En 2005 el gobierno libanés publicó una clasificación en dos volúmenes de todas las ocupaciones de Líbano que arrojaba luz sobre la situación actual de los migrantes sirios en el país¹⁷. La mano de obra se dividía por estatus y renta en nueve grupos. El primer grupo incluía a los legisladores, altos funcionarios, ejecutivos, directores y gerentes; el noveno grupo, en el otro extremo de la clasificación, constaba de «trabajadores y empleados no cualificados», tales como empleados no cualificados del sector servicios y del comercio y trabajadores manuales de la agricultura, las canteras, la construcción, las obras públicas, la industria y los transportes. Aunque siguen faltando las cifras, hay muchas pruebas que indican que la gran mayoría de los empleos del noveno grupo los desempeñan sirios.

Desde luego que no todos los sirios en Líbano trabajan como trabajadores no cualificados. En la década de 1960, en particular, hubo sirios acaudalados opositores del baasismo que se trasladaron a Líbano. Consiguieron la ciudadanía libanesa y se hicieron banqueros y hombres de negocios. Otros sirios, en especial desde inicios de la década de 1990, han encontrado posiciones más cualificadas y mejor remuneradas en los grupos octavo («operarios de maquinaria») y séptimo, «artes y oficios» (que incluye también a electricistas, fontaneros, etc.). No obstante, la gran mayoría de sirios que migran a Líbano son trabajadores no cualificados que han recibido durante la última década más o menos salarios en torno a los 10 dólares al día. Tal y como se ha dicho con acierto, «Líbano se construyó con músculos sirios».

Regímenes hostiles

Los sirios de Líbano han soportado durante mucho tiempo bajos salarios y falta de seguridad en el empleo y de garantías salariales. Apenas hay límites establecidos de la jornada laboral, los turnos de noche y el trabajo infantil y el acceso a descansos es mínimo. Las vacaciones semanales, nacionales o anuales (pagadas o no pagadas), son poco frecuentes. El trabajo puede ser monótono, sucio, ruidoso, contaminante y/o agotador físicamente y las condiciones, de estrechez, hacinamiento, peligrosidad e insalubridad. Los contratos escritos son cada vez menos comunes y el seguro por accidente es «voluntario», incompleto o poco fiable, en especial cuando los propios empleadores están esquivando las normativas y los impuestos. La seguridad social, la baja por enfermedad, las pensiones y los subsidios familiares o por desempleo son totalmente inexistentes.

El acceso de los migrantes sirios a los sindicatos o a algún tipo de acción colectiva coordinada ha sido nimio o inexistente, salvo durante un breve periodo a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, en el

¹⁷ *Tasnif al-Miban fi Lubnan* [Clasificación de ocupaciones en Líbano], 2 vols., Beirut, 2005.

que se sumaron a sentadas y huelgas en Beirut tras la formación en 1977 del Sindicato de Trabajadores Árabes Sirios en Líbano –una organización con auténtica capacidad organizativa– y fraguaron lazos con las milicias palestinas. En el propio puesto de trabajo, se dan índices significativos de subordinación directa, «flexibilidad» y maltrato psicológico y en ocasiones físico. De hecho, en medio del lujo y la ostentación del centro de Beirut, quienes asfaltan y barren las calles, limpian los servicios, recogen la basura, sirven a los clientes, limpian zapatos, conducen taxis, se ocupan de los quioscos y construyen tiendas y casas son obreros sirios de baja cualificación, sin apenas seguridad y sin organizar. Trabajan largas jornadas por poco dinero, disfrutan de pocos derechos sociales y políticos, con frecuencia residen en áreas urbanas degradadas y están sujetos a múltiples estigmas y formas de control.

Haciendo balance, la presencia del ejército sirio no mejoró ni el estatus de los trabajadores sirios en Líbano ni sus condiciones de trabajo. El ejército fue la base del dominio estratégico que Siria mantuvo después de 1991, hasta su retirada a raíz de las presiones locales e internacionales en abril de 2005. La percepción de los «prolibaneses» era que los trabajadores eran prácticamente intocables a causa de la protección militar y que, por si esto fuera poco, estaban confabulados con los servicios secretos sirios. Sin embargo, aunque el ejército sirio protegía, en un sentido mínimo, a la persona del trabajador y sus propiedades, se convirtió a su vez en un importante contratista de mano de obra en muchos sectores, en términos no menos explotadores que lo que venía siendo la norma. El poder sirio en Líbano no impulsó ninguna transformación progresista en las condiciones de los trabajadores, ni les protegió de la facilidad de despido y de los bajos salarios. A principios de la década de 1970, el gobierno de al-Asad sí que ejerció presiones para que se extendiese la seguridad social y otras prestaciones a los trabajadores migrantes sirios –una medida que los libaneses siempre consiguieron rechazar–, pero, una vez que se hicieron con el control general durante la década de 1990, Damasco no hizo ninguna mención a tales demandas: se intervendría en el mundo de los negocios libanés a través de acuerdos e impuestos, oficiales y extraoficiales, pero no se le irritaría con una posición antagonista de defensa siria de los derechos de los trabajadores. A decir verdad, la presencia militar siria desempeñó un papel esencial en la reproducción de un régimen laboral degradado e inseguro.

Fuera del trabajo, los migrantes sirios apenas tienen derechos políticos y soportan cotas elevadas de estigma y deshonra social, que, en épocas de crisis, culminan en violencia y funestos incidentes. El más reciente de todos ellos tuvo sus orígenes en la creciente hostilidad hacia los trabajadores sirios mostrada en la prensa a partir de 1994, cuando la paz confesional seguía manteniéndose y parecía así evaporarse la necesidad de la presencia de tropas sirias. El diario de dirección cristiana *al-Nabar* empezó a publicar artículos cada vez más incendiarios exagerando las cifras de trabajadores sirios en Líbano y culpándoles de todo tipo problemas

económicos, políticos y sociales. La retirada israelí en mayo de 2000 del sur del país ocupado redujo aún más los motivos de la presencia siria en Líbano por razones de seguridad y la muerte en junio del presidente sirio Hafez al-Asad acabó por borrar del panorama la poderosa «Esfinge de Damasco». En medio de semejantes oportunidades políticas, las palabras se convirtieron en acciones: se organizaron manifestaciones antisirias y hubo estudiantes aunistas que se metieron en importantes campañas, como una de venta callejera de productos alimenticios «libaneses» (en lugar de los de los vendedores sirios). Los jóvenes de algunos barrios de la ciudad, en particular de Sidon, en el litoral sur de Beirut, se organizaron para impedir la ola de delitos supuestamente cometidos por trabajadores sirios.

Con el asesinato del ex primer ministro y multimillonario Rafiq al-Hariri en febrero de 2005, del cual se culpó de manera generalizada al régimen sirio, los trabajadores sirios sufrieron numerosos ataques violentos, algunos mortales. Muchos de ellos huyeron, aunque para volver poco a poco cuando la situación de crisis se disipó tras la retirada militar en abril de 2005. De entrevistas realizadas en el verano de aquel año y de la prensa de aquel periodo se desprende claramente que la hostilidad hacia los trabajadores sirios empezó a disminuir durante y después de la retirada militar. Hasta el diario *al-Nabbar* empezó a publicar artículos en los que se admitía que, después de todo, quizá la economía libanesa necesitara de esta fuerza de trabajo. No obstante, tendrían que huir de nuevo, en especial durante el devastador ataque de Israel contra Líbano de julio-agosto de 2006. Desde entonces, los trabajadores sirios han empezado a volver para participar del enorme esfuerzo que supone la reconstrucción.

Un régimen laboral con semejante grado de hostilidad –familiar tanto en sus aspectos económicos como en los coercitivos para los trabajadores migrantes del Sur y el Norte, del pasado y del presente, desde los «nuevos ilotas» de Robin Cohen hasta el «subproletariado neocolonial» del comunismo francés– no es ni un vestigio arcaico de un pasado tradicional, ni un mero producto automático del funcionamiento económico del capitalismo globalizador¹⁸. En lugar de ello, las disciplinas de la mercificación constituyen una producción social, entendida como la manera en la que unas personas (inevitablemente adscritas a la fuerza de trabajo que venden, en tanto que portadoras de la misma) son puestas a trabajar, tras pasadas, utilizadas, expuestas al estigma y la violencia, «mangoneadas, usadas indiscriminadamente o incluso abandonadas sin utilizar»¹⁹. En otras palabras, no se puede evaluar los regímenes laborales en función

¹⁸ R. Cohen, *The New Helots. Migrants in the International Division of Labour*, cit.; Gary Freeman, *Immigrant Labor and Racial Conflict in Industrial Societies. The French and British Experience, 1945-1975*, Princeton, 1979, pp. 216-258.

¹⁹ Karl Polanyi, *The Great Transformation. The Political and Economic Origin of Our Time* [1944], Boston, 2001, p. 73 led. cast.: *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1980].

de un modelo objetivo y transhistórico de capitalismo «puro». La fuerza física, el poder estatal, los partidos políticos, la organización colectiva y la ideología política, junto con pautas de acumulación y atribuciones de civilización, nación, raza y género, se combinan de formas complejas para producir tipos y categorías altamente diferenciados y finamente escalonados de trabajadores subalternos. Tal y como veremos, este sistema funciona tanto gracias como contra el hibridismo, la pluralización y la capacidad de acción.

Aspiraciones e identidades

La fuerza de trabajo siria en Líbano no es, desde luego, una mera masa de proletarios indiferenciados sin un acceso independiente a medios de producción o a formas alternativas de existencia. A los trabajadores no se les obliga físicamente a migrar. Por el contrario, sus motivaciones y objetivos se centran por lo general en la supervivencia y la subsistencia desde el punto de vista de la necesidad y en la autonomía y el acceso a medios independientes desde el punto de vista de las ambiciones. Esto nos obliga a mirar más allá de la terminología abstracta de las «existencias», las «reservas» y las «poblaciones flotantes».

Los migrantes se mueven a causa de presiones y expectativas sociales en su lugar de origen, cuando no hay puestos de trabajo y las familias o los individuos están endeudados o sin tierra; cuando hay que cubrir gastos derivados de impuestos, vivienda, salud, transporte y necesidades relacionadas con un casamiento, cuando hace falta ayudar a la educación de los hermanos o mantener a los ancianos o enfermos. A los adolescentes jóvenes se les presiona mucho para que encuentren maneras de generar un dinero en efectivo muy necesario para las comunidades locales. Sólo los «ceros» o «menos cero» se quedan atrás en el pueblo, tal como me dijo un migrante que había tenido éxito en su aventura: un católico ortodoxo de Siria noroccidental que había trabajado en la construcción en Líbano desde finales de la década de 1950 hasta principios de la década de 2000. Radwan, un kurdo sirio de un pueblo cerca de Aleppo, que ha trabajado en Líbano, fundamentalmente para almacenes y supermercados, desde principios de la década de 1990, lo expresa con las siguientes palabras: «cuando vuelvo a Siria, no me dicen “¿qué comiste, qué bebiste?” sino “¿cuánto dinero has traído?”». Para los trabajadores que ganan dinero para la supervivencia y la subsistencia, someterse a regímenes laborales hostiles es una necesidad: algo que hay que soportar y a lo que hay que acostumbrarse. «¡Definitivamente, éste es un trabajo duro!», insistía Adib Mahrus, un trabajador de la construcción en Líbano desde la década de 1970 y conserje en Beirut durante la década de 1990, que enviaba sus ingresos para pagar la subsistencia de su familia en Siria. «Los libaneses no hacen este tipo de trabajo, cada uno trabaja para sí mismo. Pero este duro trabajo es algo normal entre los pobres... trabajar echando hormigón. Trabajas en eso y te acostumbras».

Más allá de la supervivencia y la subsistencia, la mayoría espera lograr a la larga algún tipo de autonomía de jefes, de funcionarios y del funcionamiento no mediado de las fuerzas del mercado. Aspiran a adquirir los medios para casarse e iniciar una familia, construirse una casa, comprar tierras o invertir en algún medio de producción, como una tienda, un taller, un taxi o un minibús, que les permita un modo de sustento independiente de regreso en Siria. Estos trabajadores también se proponen mejorar su nivel de comodidad material y elevar su estatus a través de un consumo ostentoso que en este caso supone vestimenta más elegante, aparatos para el hogar y artículos de estatus como relojes y teléfonos móviles. Los trabajadores aceptan los rigores y miserias de una vasta mercificación en parte porque pueden considerarla una condición temporal. El ahorro y la reducción de gastos a cada momento –en vivienda, ropa, alimentos o medicinas y evitando las tentaciones urbanas de las mujeres, el juego y el alcohol– se perciben como una mera suspensión de la vida normal, el medio para la consecución de un fin. El objetivo es una existencia independiente de vuelta en el país natal que sea de por sí, a su vez, una forma de seguridad social en caso de desempleo o enfermedad, a la par que provee para la jubilación y la vejez²⁰.

El éxito en estos objetivos exige mucha autodisciplina. Las gradaciones de renta, seguridad, cualificación y estatus son sutiles y numerosas y existe una plétora de estrategias para subir en la escala social: adquirir nuevas cualificaciones es la manera de mejorar los ingresos de acuerdo con algunos, otros siguen una estricta política de honestidad o fundan su prestigio a base de trabajo duro, puntualidad y formalidad. Respetarse a uno mismo y asegurarse de que el empleador sabe que uno no está dispuesto a hacer «cualquier cosa» es otra estrategia. Conforme a una percepción común, por ejemplo, sólo trabajadores serviles como los de Hawran, una región relativamente pobre productora de cereales al sur de Damasco, están dispuestos a limpiar el suelo bajo los pies de sus empleadores, una disposición que se dice que desemboca en su explotación. Otros intentan cultivar buenas relaciones con empleadores concretos, comportándose «como un buen hijo» o haciéndose indispensables, lo cual puede llevar a un alojamiento mejor (proporcionado por el empleador) o a una mejor seguridad en el empleo. Los hay también que dicen que saben cómo tratar a los clientes y vecinos libaneses y, por lo tanto, obtienen pequeñas ayudas aquí y allá a través de formas de caridad en tiempos difíciles. Algunos se encuentran con que las grandes compañías pagan en ocasiones los estudios de sus hijos. Otros descubren un colegio privado local que se pueden permitir por los pelos, mientras los demás se las arreglan con tristes escuelas públicas; la mayoría dejan a sus hijos en Siria. No es sino *dentro* de estas gradaciones y formas de hete-

²⁰ Encontramos un desarrollo exhaustivo de un modelo de las fuerzas sociales y económicas en funcionamiento en esta migración de ida y vuelta en Francis Wilson, *Labour in the South African Gold Mines, 1911-1969*, Cambridge, 1972, pp. 120-135.

rogeneidad donde se activa la capacidad de acción de los migrantes económicos, en intentos de alcanzar el nivel siguiente. El control no se ejerce sobre una masa homogénea de proletarios indiferenciados, sino a través de las múltiples distinciones que existen entre ellos.

El mismo mecanismo funciona en la formación de identidades híbridas, esto es, en la mezcla y combinación de identidades y prácticas libanesas y sirias. No cabe duda que, tal y como han enfatizado los estudios culturales, la migración supone la creación de formas nuevas y complejas de identidad. Los trabajadores sirios en Líbano, en particular los que han estado en el país desde principios de la década de 1990, por no hablar de los que llevan desde la década de 1960, tienen múltiples maneras de vivir su siriedad o libanidad. Algunos recién llegados, en particular los que venden tentempiés en la Corniche, simplemente empapelan sus tendetes con banderas libanesas en un intento instrumental de atajar el estigma y la violencia. Las primeras banderas datan de momentos particulares de tensión, en especial las semanas que siguieron al asesinato de al-Hariri el 14 de febrero de 2005. Otros se integran, consiguiendo amigos libaneses, haciéndose a la vida de Beirut o de otras ciudades y desarrollando ligazones con el país. Muchos están decididos a volver a Siria pero, una vez de regreso, buscan maneras de volver a marcharse, pues se sienten alienados y aburridos en su país natal, frustrados y resentidos por la falta de oportunidades y la presión de las responsabilidades familiares. Otros, tras haber vivido en Líbano durante años o incluso décadas, pueden pasar por libaneses y sólo cierta entonación o ciertos giros acaban señalándoles como sirios.

Por último, hay quienes se sienten más en casa en Líbano y rara vez vuelven a Siria. Abed ha estado en Líbano de manera más o menos continuada desde 1963, trabajando fundamentalmente en la construcción. Vive entre amigos libaneses y sirios en Zarif, Beirut, y, al igual que otros varios miles a principios de la década de 1990, ha obtenido la ciudadanía libanesa. Aunque es bastante poco común, hay trabajadores cuya ambición siempre fue instalarse de manera definitiva en Líbano. Este grupo percibe el país no como un lugar de tentaciones chabacanas, sino como un sitio con mejores servicios: un maronita de cerca de Tartus incluía en la lista de tales servicios coches privados, carteles publicitarios, cines, clubs nocturnos, playas «y dólares».

No obstante, estas identidades múltiples y las dinámicas que implican están atravesadas por jerarquías y estatus. Esto es particularmente así cuando los sectores con poder promueven estereotipos negativos sobre los trabajadores sirios y hombres libaneses jóvenes patrullan las calles de determinados barrios dispuestos a dar una paliza e incluso a matar a estos trabajadores en virtud de su nacionalidad, tal como ocurrió en Jeytawi, un barrio cristiano de clase media baja de Beirut, en marzo de 2005. Adquirir y buscar atributos libaneses bajo semejantes presiones no es sólo una cuestión de estatus, sino de seguridad física. Además, en Siria, a los

retornados se les mira en ocasiones con una mezcla de resentimiento y admiración. Al escuchar su acento y ver el modo en que visten, los habitantes del pueblo dicen: «Abd al-Qadir se ha hecho libanés». Para 'Abd al-Qadir, que ha trabajado en la venta al por menor a pequeña escala en Líbano desde mediados de la década de 1990, esto supone una confirmación de su ascenso de estatus, lo cual le permite acceder a un buen matrimonio, a pesar del resentimiento. En suma, las sutiles gradaciones de estatus que suponen las múltiples maneras de vivir la libanidad constituyen modos de distinción, conforme a la terminología de Bourdieu, y movilizan a los trabajadores para que gasten sus energías *dentro* de un sistema jerárquico, en lugar de ponerlas al servicio de una función liberadora.

Hombres con atributos

Tales distinciones se refieren no sólo a la renta y al estatus, sino también a la identidad social: nacionalidad, etnicidad, género, etc. En contra de lo que presupone el marxismo economicista, los atributos de las personas, no sólo el valor de cambio de su fuerza de trabajo medido como una cantidad, son vitales en la constitución de índices y formas particulares de explotación²¹. Tal como lo expresa Bridget Anderson, «los empleadores quieren más que fuerza de trabajo, [...] quieren un tipo particular de *persona*»²². Los sirios son «conocidos» por su docilidad y resignación, por trabajar duro y estar dispuestos a seguir órdenes. Los empleadores que pretenden contratarlos recurren abrumadoramente a este tipo de caracterizaciones para explicar su decisiones de contratación²³. De los sirios se dice que son incultos y «atrasados» o «rurales», atributos que denotan de nuevo su capacidad de aguante y su explotabilidad. Es importante señalar aquí que las identidades múltiples –rural, sirio, atrasado, etc.–, lejos de ser emancipatorias, se alinean y amontonan, una sobre otra, para producir una adscripción de la que resulta difícil escapar. De los libaneses, por el contrario, se dice que son diferentes. Son «conocidos» por rechazar el trabajo duro, sentarse detrás de ordenadores, trabajar en oficinas y no estar acostumbrados a las duras labores manuales. Se dice que no aceptarían el tipo de salarios que reciben los sirios. Un comentarista llegó a sugerir que los libaneses se habían hecho vagos durante la guerra a causa de la «cultura de milicia» y que preferían el consumo a la produc-

²¹ Samuel Bowles y Herbert Gintis demostraron que semejante estado de cosas es compatible con una teoría marxiana del valor en «The Marxian Theory of Value and Heterogeneous Labour. A critique and Reformulation», *Cambridge Journal of Economics* I, 2, 1977, pp. 173-192.

²² Bridget Anderson, *Doing the Dirty Work? The Global Politics of Domestic Labour*, Londres, 2000, p. 114. Cursiva en el original.

²³ Véase la encuesta que hizo Khoury a 50 empleadores de la construcción, la salud pública y la agricultura en N. O. Khoury, «L'immigration au Liban. Aspects socio-économiques et incidences identitaires» I, cit., p. 202.

²⁴ Mikhail 'Awwad, *Al-Diyar*, 26 de enero de 1998.

ción²⁴. Otros declaran categóricamente que «cada libanés quiere convertirse en presidente de la República». A los palestinos se les considera también como algo distinto: es común escuchar que son orgullosos y que rechazan el trabajo sucio o degradante. De esta manera, se construye culturalmente a los nacionales sirios como aquellos a los que se puede mercificar y poner a trabajar. De este modo, los regímenes laborales se segmentan por atributos; la explotación opera a través de estas formas cualitativas de diferenciación, se desarrolla a partir de ellas, y no necesariamente las borra.

Los trabajadores sirios se adhieren a otras identidades que, a ojos de los empleadores y, en ocasiones, a sus propios ojos, les predisponen al trabajo duro y la explotación. En particular, los sirios kurdos tienen reputación de ser duros e infatigables, ya que, supuestamente, su tipo racial y su estatus de minoría les dota de complejiones fuertes y una resistencia formidable. Es más, a los trabajadores, como hombres, se les suele considerar capaces de cuidar de sí mismos y aptos para labores duras y extenuantes, en especial si son jóvenes. Las normas de la masculinidad tienden aquí a inhibir las quejas y contribuyen a formar estructuras disciplinarias. Preguntar por el seguro social provoca respuestas de los empleadores como «¿estás aquí para trabajar o para coquetear?», tal como recordaba un kurdo sirio de las proximidades de Aleppo que trabajaba tanto en radiografía como en decoración.

No cabe duda que estas adscripciones pueden cambiar y tienen doble filo. Antes de la década de 1970 se empleaba de manera generalizada a mujeres sirias alawis –una comunidad minoritaria y heterodoxa del Islam– como empleadas domésticas en hogares libaneses. La percepción común era que trabajaban duro y eran pobres, rurales, «primitivas» y poco exigentes. Pero, con la hegemonía del grupo que acompañó la llegada a la presidencia del alawi Hafez al-Asad en 1970, su estatus ascendió y este tipo de empleo desapareció casi por completo para las mujeres alawis. Las empleadas de hogar proceden ahora de manera predominante de Sri Lanka y del Lejano Oriente²⁵. Por último, a algunos sirios, como los *dom* (grupos parecidos a los gitanos, que con frecuencia trabajan de dentistas informales en el valle de la Bekaa), se les coloca el estereotipo de ser poco fiables, vagos e incapacitados para el trabajo manual duro, una imagen que tiene algo de impacto en su régimen laboral²⁶. Como en otros casos, los particularismos y la identidad social tienen mucho peso en las formas diferenciales de mercificación.

²⁵ Ray Jureidini, «Migrant Workers and Xenophobia in the Middle East», UN Research Institute for Social Development, 2ª ponencia del programa sobre identidades, conflicto y cohesión, 2003.

²⁶ Véase Giovanni Bochi, «The production of difference. Sociality, work and mobility in a community of Syrian Dom between Lebanon and Syria», tesis doctoral, LSE, 2007.

Dioses feroces

Los rigores de la mercificación se construyen con otros materiales culturales. A decir verdad, más allá del foco aparentemente infinito de los estudios culturales sobre la identidad, la economía convencional, o lo que Mike Davis denomina el «dios feroz» de la «teología» del libre mercado, desempeña también un papel importante²⁷. Una de las características más asombrosas de la encarnizada controversia sobre los trabajadores sirios que se desató en la prensa libanesa a finales de la década de 1990 y principios de 2000 fue el modo en que ésta se centró en la economía. Los discursos pro y antisirios discutían sobre si el trabajo migrante era positivo o negativo desde el punto de vista económico. Las figuras «prolibanesas» sostenían que el Estado sirio estaba imponiendo trabajadores a la fuerza sobre una economía libanesa que se estaba resintiendo a resultas de ello. Los comentaristas «prosirios» defendían que los trabajadores sirios sólo estaban en Líbano debido a la división del trabajo y a las fuerzas de la oferta y la demanda y, por lo tanto, que beneficiaban la economía. Estas visiones rivales estaban en el corazón de la controversia mediática. La suposición no declarada aquí era que si las fuerzas del mercado estaban actuando «libremente», entonces el resultado era puramente bueno.

Semejantes suposiciones tienen una genealogía impresionante. Los reformadores otomanos y el discurso colonial francés habían considerado ya hace mucho tiempo el *bilad ash-sham* histórico desde el punto de vista del valor que era posible extraer de su territorio, población y recursos naturales. Tanto el *laissez-faire* libanés como el desarrollismo estatista sirio adoptaron este legado colonial. Desde la década de 1970, el lenguaje de la economía de mercado y la identificación de los migrantes como «mano de obra», «recursos» y «oferta de fuerza de trabajo» recibió un fuerte espaldarazo del auge petrolífero y del predominio, dentro de los círculos académicos y de diseño político, de las representaciones que hacían el Banco Mundial y otras instituciones financieras de las pautas de migración en Oriente Próximo²⁸. De hecho, la clase dirigente en política económica de Líbano estaba en gran parte compuesta por economistas formados en las tradiciones neoclásicas y monetaristas en Estados Unidos y Europa²⁹.

²⁷ Mike Davis, *Late Victorian Holocausts*, Londres, 2001, p. 35 [ed. cast.: *Los holocaustos de la era victoriana tardía. El Niño, las hambrunas y la formación del Tercer Mundo*, Valencia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2006].

²⁸ Para una revisión sistemática de los discursos e instituciones transnacionales que reducen a los migrantes a «un factor de producción», véase Gilbert Beaugé y Alain Roussillon, *Le migrant et son double. Migrations et unité arabe*, París, 1988, pp. 29-65.

²⁹ Para una ilustración de esta afirmación, considerese la carrera de Nasser Saidi, que dio clases en la Universidad de Chicago antes de convertirse en vicegobernador del Banco Central de Líbano y, luego, en ministro de Economía y Comercio en la década de 1990. Véase Nasser Saidi, *Growth, Destruction and the Challenges of Reconstruction. Macroeconomic Essays on Lebanon*, Beirut, 1999.

En este contexto, el destino de la mano de obra migrante era someterse a lo que Claus Offe ha denominado la «aplicación [necesariamente] *coercitiva* de la ficción de que la fuerza de trabajo es una mercancía»³⁰. Parecería que hubo un reduccionismo burdo que funcionó no sólo gracias a estereotipos chovinistas que aplanaban la complejidad de las personas convirtiéndolas en caricaturas esencialistas de lo «atrasado» y lo «rural» o en marionetas que trabajaban como una quinta columna para el régimen sirio, sino también por medio de la reducción de personas complejas, con sus propios relatos, propósitos e identidades, a los gestos de la mercancía fuerza de trabajo que éstas supuestamente vendían por elección y contrato. Es posible que, en términos generales, estos diferentes tipos de reduccionismo se hayan producido recíprocamente; sin duda, el esencialismo y la economía libremercadista operan juntos para formar y determinar a quienes deben someterse a las disciplinas de la mercificación. En este caso, por lo tanto, estas disciplinas fueron el resultado del particularismo de la identidad y los atributos, por un lado, y, por otro, del universalismo de los principios del libre mercado.

Cadenas de acumulación

El agitado viaje de migración y retorno se ha visto facilitado en enorme medida por el hecho de que la frontera sirio-libanesa ha estado básicamente abierta desde que fuera trazada por el Tratado de Sèvres en 1920. Pero esta libertad de movimiento apenas ha contribuido a borrar las distinciones, promover el equilibrio postulado por la economía convencional o generar justicia social. Quizá no constituya ninguna sorpresa que quienes defienden la panacea de las fronteras abiertas sean los economistas neoliberales, en un esfuerzo por alcanzar la movilidad perfecta de la fuerza de trabajo postulada por Adam Smith³¹. Semejante prescripción, aunque parezca radical, ignora el peligro que semejante medida aislada, desvinculada de otras transformaciones, supondría para una «infraclase [racializada] amenazada y precaria»³². De hecho, en parte porque las fronteras siguen abiertas, los sirios no se ven obligados a elegir entre ambos países y, por lo tanto, no se han establecido en un número significativo en Líbano. No existe una segunda generación establecida y enérgica de hijos de trabajadores sirios en Líbano que esté construyendo un movimiento desde el que reivindicar ciudadanía, estatus y derechos sociales y políticos. Los sirios aún se ven empujados a regresar a su país natal, sobre todo a causa del precio prohibitivamente alto de los bienes sociales en Líbano —vivienda, educación, sanidad, servicios, transporte y mercancías básicas—, lo cual les dificulta en extremo la instalación en el país con

³⁰ Claus Offe, *Disorganized Capitalism. Contemporary Transformations of Work and Politics*, Oxford, 1985, pp. 55-57, cursiva en el original.

³¹ Nigel Harris, *Thinking the Unthinkable. The Immigration Myth Exposed*, Londres, 2001.

³² Teresa Hayter, *Open Borders. The Case Against Immigration Controls*, 2ª edición, Londres, 2004, p. XXV.

sus familias. Estas circunstancias recuerdan las políticas del Norte global, que despojan a los inmigrantes de las prestaciones sociales, impidiendo así el asentamiento y obligando a nuevas formas de rotación diaspórica³³.

Este tipo de «cultura del viaje» constituye menos un canto a la pluralidad que una cuestión de desubicación, alienación y fragmentación. Los migrantes que parten ven cómo sus vínculos con las estructuras familiares de valor, comunidad y reconocimiento se van cortando poco a poco y tienen que soportar lo que un conocido estudio de la experiencia portorriqueña describía como el «dolor y el sacrificio de dismantelar las redes de parentesco y sociabilidad que dan sentido a la vida»³⁴. Se puede decir que los migrantes sufren desmembramiento –tanto en el sentido figurado como en el literal– al dejar de ser miembros claramente definidos de una comunidad conocida. Gilbert Beaugé y Alain Roussillon han explorado este fenómeno de forma más exhaustiva en Oriente Próximo. En contra de lo que dice la sabiduría convencional de que la unidad árabe se ha consolidado gracias al cruce constante de las fronteras árabes, estos autores sostienen que la «experiencia de la emigración se expresa en una desorganización radical de todos los esquemas previos de identificación, de tal suerte que nada permite su reconstrucción sobre una nueva base». «Mi corazón está en el valle del Nilo, mis brazos se quedaron en el Golfo y mi cabeza me ha abandonado», explica un trabajador egipcio de 55 años, ilustrando vívidamente este argumento³⁵. Además, las emociones íntimas y las presiones cotidianas experimentadas por los que se quedan atrás son extraordinarias y se viven en términos muy alejados de la liberación.

Deberíamos ver a los migrantes como personas enmarañadas en una serie de procesos generadores de plusvalor y no en un único proceso de acumulación capitalista, con leyes preestablecidas de movimiento y una única burguesía explotadora identificable³⁶. Los propios migrantes, como empleados de confianza, trabajan como contratantes informales de mano de obra, presentando a miembros de su familia y a conocidos en busca de empleo a los empleadores, por lo cual pueden recibir o no una pequeña comisión. Los migrantes más establecidos con habilidades adicionales, por ejemplo, en pintura de casas, consiguen contratar y supervisar mano de obra (siria) para algunos clientes, en algunos casos cargándoles por el servicio 20-25 dólares al día. Por todo el país hay pequeños empleadores libaneses de los sectores de la construcción, la agricultura, la

³³ Grace Chang, *Disposable Domesticity. Immigrant Women Workers in the Global Economy*, Cambridge (MA), 2000, pp. 4-15; Douglas Massey, J. Edward Taylor (eds.), *International Migration. Prospects and Policies in a Global Market*, Oxford, 2004, pp. 10-11.

³⁴ History Task Force, *Labor Migration under Capitalism. The Puerto Rican Experience*, Nueva York, 1979, pp. 8, 15.

³⁵ G. Beaugé y A. Roussillon, *Le migrant et son double. migrations et unité arabe*, cit., pp. 106, 108.

³⁶ Para una explicación más general, véase John Chalcraft, «Pluralizing Capital, Challenging Eurocentrism. Toward Post-Marxist Historiography», *Radical History Review* 91 (invierno 2005), pp. 13-39.

venta al por menor y al por mayor, la industria manufacturera, el turismo y otros que emplean a pequeños grupos de trabajadores sirios (entre 5 y 10 personas). A escala nacional y regional, las constructoras y los supermercados locales, como Monoprix, Spinneys o las «Cooperativas» que están en manos de capital libanés o del Golfo, contratan a sirios a mansalva. Por último, están las multinacionales metidas en grandes proyectos de reconstrucción, que utilizan a cientos e incluso miles de trabajadores sirios de manera temporal. Por ejemplo, la firma Kvaerner, originariamente noruega pero con sede en Gran Bretaña, recibió a principios de la década de 1990 el contrato de 60 millones de dólares para la reconstrucción del Complejo Deportivo de Beirut, destruido por la invasión israelí en 1982. Kvaerner tiene intereses globales en la construcción naval, el petróleo, el gas, el papel y la ingeniería, así como en construcción inmobiliaria. Para la operación libanesa empleó a 30 ciudadanos británicos para altos cargos, a 200 ingenieros y administrativos libaneses y, en su momento cumbre, a 1.600 sirios como «mano de obra básica»³⁷.

Ésta no es sino una visión esquemática de los principales escalafones en la jerarquía de quienes acumulan gracias a la mano de obra de trabajadores sirios, que va desde los relativamente pobres a los superricos, de los que han experimentado una relativa mejora o que fueron antes inmigrantes a los banqueros de Wall Street (o, en este caso, de Londres, ya que la prohibición de viajar a Líbano para los ciudadanos estadounidenses durante gran parte de la década de 1990 excluyó en gran medida al mundo de los negocios estadounidense del proceso de reconstrucción). Entre estos escalafones principales hay muchas gradaciones: la burguesía, tanto local como transnacional, no es un monolito, sino que está plagada de grietas y fisuras y dividida por formas de competencia interna. Esto es especialmente cierto a escala multinacional, donde las compañías cambian de manos, se trasladan, se retiran y se reestructuran a velocidades en constante aumento. Por otra parte, las formas políticas y culturales, las comunidades y los barrios, las relaciones sociales y las historias particulares se insertan a cada momento en procesos de acumulación³⁸. Pero estas gradaciones y particularidades, lejos de establecer una base para la emancipación, forman una intrincada red que apuntala la propia jerarquía y los incesantes procesos de acumulación que están en marcha en su seno.

La migración siria al Líbano, con todas sus diferencias internas, no es sino un eslabón en una cadena que tiene en uno de sus extremos ri-

³⁷ Ali Moussa Khalil, «European Business Interests in Lebanon. An Assesment of EU Private Foreign Direct Investment in the Reconstruction Era», tesis doctoral, Universidad de Durham, 2000, pp. 217-221.

³⁸ Para un análisis útil de algunas de las políticas de acumulación en el Líbano de la década de 1990, véase Reinhoud Leenders, «Public Means to Private Ends. State Building and Power in Post-War Lebanon», en Eberhard Kienle (ed.), *Politics from Above, Politics from Below. The Middle East in the Age of Economic Reform*, Londres, 2003, pp. 304-335.

queza y en el otro pobreza. Líbano ha enviado emigrantes a las Américas, Australia, África occidental y otros lugares. En 2006, se calculaba que estos emigrantes enviaron remesas por un valor de 5.600 millones de dólares, lo cual supone un componente importante (25,8 por 100) del PNB de Líbano³⁹. Los sirios, desde luego, van a Líbano. Y la propia Siria recibe inmigrantes de países más pobres como Sri Lanka y Sudán. El motivo de llamar aquí la atención sobre la migración Sur-Sur, en especial sobre aquélla que supone un eslabón intermedio, como es el caso de la migración entre Siria y Líbano, es sobre todo poner de relieve estas cadenas, que apenas han recibido una atención sistemática, pero que se extienden desde áreas y países que sólo producen para la supervivencia y subsistencia local hasta el «Primer» Mundo. Han surgido en el contexto de la diferenciación acaecida después de 1945 en el seno del Sur global, a medida que nuevas formas de acumulación y desarrollo dependiente han creado fuertes divergencias en el antiguo mundo colonizado. Países como México albergan zonas de procesamiento para la exportación, a la par que Taiwan y Corea del Sur se han convertido en motores de la industria manufacturera; Arabia Saudita y Venezuela han conseguido riqueza petrolífera, mientras que Líbano, Malasia, Argentina o Costa de Marfil se han convertido en centros regionales. Muchas cadenas migratorias pasan a través de Oriente Próximo: hay trabajadores pakistaníes trabajando en los campos de Yemen, yemeníes trabajando en el Golfo y muchas personas del Golfo que se trasladan a Londres. O, por señalar una cadena con cuatro eslabones, sudaneses que trabajan en Egipto, egipcios en Líbano, libaneses en Argentina y argentinos en América del Norte. La emigración puede atraer mano de obra de otro lugar y la inmigración puede hacer la emigración posible.

Este tipo de eslabones puede servir también para atraer plusvalor desde el extremo más pobre de la cadena hacia el más rico. Pongamos un ejemplo de cómo funciona esto: Abu Subhi es un libanés que regenta una tienda de ultramarinos en el barrio Ra's al-Nab'a de Beirut, empleando entre 4 y 6 trabajadores sirios. En 2004, obtuvo suficientes beneficios, a partir de unos gastos de personal anuales que ascendían a un total de 18.000 dólares, para pagar un total de 20.000 dólares al año para la educación de su hijo en una escuela de ingeniería local y para los estudios de sus hijas. El hijo se ha ido ahora a la Concordia University, en Quebec; en gran medida, su formación y habilidades, exportadas ahora a otro lugar, se costearon gracias al trabajo disciplinado de trabajadores sirios. De acuerdo con todos los testimonios, Ibrahim, uno de estos trabajadores, fue el primero en tener la idea de que Abu Subhi pusiera una tienda. «¡Todo esto se cargó a nuestros hombros!», declara Nazir, hermano de Ibrahim, que trabajó con Abu

³⁹ Osama Habib, «World Bank puts 2006 remittances at \$5.6 billion», *Daily Star* (Líbano), 24 de marzo de 2007.

Subhi durante cuatro años, agachando la cabeza y tocándose los hombros: «y al final, ¿qué? ¡Nada! Me despidieron [...] En Gran Bretaña, ¿no se te indemniza después de cuatro años de trabajo?». En este caso, la emigración libanesa dependía claramente de la inmigración siria; ésta proporcionaba el plusvalor que hacía aquélla posible.

Implicaciones

Excluidos del movimiento obrero, privados de ciudadanía y derechos sociales, enfrentados al estigma y la violencia, los trabajadores sirios siguen decididos a escapar de las filas de la infraclase mercificada y de baja categoría, ahorrando y consiguiendo acceso a medios de producción y a medios independientes de subsistencia. Pero persiguen estos objetivos de maneras que sirven para reproducir un sistema general de jerarquía, apropiación de plusvalías y dominación. Manteniendo las cabezas agachadas, evitando la política, «no teniendo opinión» y concentrándose en los beneficios prácticos, los trabajadores migrantes no suponen un desafío colectivo para el sistema, sino que más bien juegan un papel importante en su reproducción.

Una cosa es analizar los modos específicos en los que los trabajadores sirios reproducen el sistema; otra muy distinta, condenarles como si estuvieran haciendo elecciones completamente libres basadas en la nostalgia, el individualismo pequeñoburgués o la falsa conciencia. André Gorz sostuvo que esta visión impedía al movimiento obrero «reconocer el deseo de autonomía como una reivindicación *específicamente existencial*» y llevaba a «la rigidez, el dogmatismo, la lengua de palo y el autoritarismo»⁴⁰. Es ésta una crítica incisiva, pero si peca de algo es de no ir lo suficientemente lejos: resta importancia al hecho de que los movimientos obreros, que con frecuencia han ignorado, negado o excluido a los trabajadores coloniales racializados o no ciudadanos, no definen los límites y síntesis de la política progresista, y establece una distinción problemática entre reivindicaciones meramente existenciales y otras sociales o económicas (supuestamente) determinadas científicamente.

La historia de los migrantes sirios en Líbano revela en verdad que siempre que hubo una posibilidad de obtener beneficios tangibles de la acción colectiva, los migrantes se organizaron, como sucedió a finales de la década de 1970. Sin embargo, en el contexto de 2004, más lleno de presiones, tal y como insistía Radwan: «si nos pusiéramos en huelga, habría diez obreros para sustituirnos». En semejantes condiciones, dadas determinadas constricciones, límites, responsabilidades y

⁴⁰ André Gorz, *Farewell to the Working Class. An Essay on Post-Industrial Socialism*, Londres, 1982, pp. 36-37; cursiva en el original.

aspiraciones reales, no parecería haber un motivo a priori para suponer que los migrantes son incapaces de sondear sus propias debilidades y fortalezas o de evaluar sus alternativas en vista de los medios a su disposición. Los intelectuales y activistas con un mayor acceso al poder social deberían estudiar cómo interactuar prácticamente con las estructuras de poder a fin de crear nuevas oportunidades y posibilidades para estos grupos subalternos, en lugar de instarles a aceptar ese mismo estatus proletario, alienado, opresor y mercificado del cual gran parte de su vida está dedicada a escapar.

A decir verdad, el pensamiento crítico y anticapitalista podría obtener visiones nuevas y mejores intentando entender con más detalle las elecciones hechas por quienes tratan de sustraer su cuerpo y su alma de las disciplinas de la mercificación (a menudo con éxito). Esta intervención no ha pretendido sino comprender justamente estas formas de acción «perdidas». No se trata de elegir entre considerar a los migrantes como víctimas absolutamente mercificadas de la lógica única del capitalismo global o verles como pioneros que, a través de sus acciones, su cruce de fronteras y sus formas de hibridismo, se sitúan en la vanguardia de las posibilidades poscoloniales y posnacionales progresistas. En lugar de ello, tal como ilustra el caso sirio, hay muchas maneras en las que el hibridismo, el cruce de fronteras y la capacidad de acción se articulan con la polarización, la jerarquía, la alienación y la mercificación e incluso las impulsan.

Pero esto no significa que todas estas formas de acción sean puramente cómplices y no hagan sino reproducir el poder y el beneficio de manera funcionalista. El propio hecho de que el sistema requiera capacidad de acción supone que, en un contexto de fractura e inestabilidad, esta capacidad de acción puede rearticularse para responder a la acumulación sistémica⁴¹. Por ejemplo, no se debería menospreciar sin más la exigencia de autodeterminación que impulsa la búsqueda de un acceso independiente a los medios de subsistencia (una vieja granja, tierras, «un puñado de gallinas», en palabras de Gorz, por ejemplo)⁴². Una auténtica reapropiación de los medios de existencia apartaría a la persona y su fuerza de trabajo de la economía de mercado basada en el beneficio y podría verse potencialmente como una toma de los medios de producción por otros medios. Cabría conectar este tipo de reapropiaciones con las luchas globales de «reclamación de las tierras comunales» contra la «acumulación por desposesión»⁴³. En esa medida, representarían una vía entre las muchas que intentan combatir la hidra

⁴¹ Para una discusión ampliada de esta visión, véase John Chalcraft y Yaseen Noorani (eds.), *Counterhegemony in the Colony and Postcolony*, Houndmills, Reino Unido, 2007.

⁴² A. Gorz, *Farewell to the Working Class. An Essay on Post-Industrial Socialism*, cit., pp. 36-37.

⁴³ David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, 2003 [ed. cast.: El nuevo imperialismo, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 26», Ediciones Akal, 2004]; Massimo De Angelis, «The New Commons in Practice. Strategy, Process and Alternatives», *Development* ILVIII, 2, pp. 48-52.

de la explotación y el control. Es posible que ofrezcan también una vía para que la práctica contrahegemónica, en lugar de despreciar o fetichizar a sus sujetos mercificados, establezca mecanismos de conexión con elementos existentes dentro de las prácticas y las ambiciones subalternas.